

¿Es malo ayudar? Psic. Adriana Mercedes Tejada Montaña

En la actualidad se ha visto una creciente en la actividad voluntaria que se refleja en diversos campos de la sociedad y que es promovida incluso dentro de la misma familia en respuesta a una cultura que fomenta el individualismo. Llama la atención que en la cultura individualista y funcionalista, en que se ve inmersa la sociedad contemporánea, existan cada vez mayor número de asociaciones con fines voluntarios y que, paradójicamente, la misma sociedad no experimente un mundo más humano con tantos hombres y mujeres por ello trabajando.

Perfil del voluntario

El primer punto que se habría esclarecer es por qué hay tantas personas atraídas a los equipos de voluntario, y aquí vale la pena atender a alguna definición como la que sigue: La acción del voluntario, en un sentido amplio, puede entenderse como la aportación y colaboración desinteresada en beneficio de las personas, los grupos y las comunidades. En un sentido más estricto puede definirse como la persona:

- especialmente sensibilizada ante las necesidades del individuo y la comunidad;
- que está integrada, por propia voluntad, en una organización voluntaria, o participa en programas o servicios concretos de acción social;
- que respeta plenamente la libertad, creencias, valores e ideologías de la persona beneficiaria.

Las motivaciones

Desde el punto de vista subjetivo, para que una persona realice una acción voluntaria deben darse distintas motivaciones. Difícilmente encontraremos una sola motivación, antes bien, lo habitual es que se *interrelacionen varias de ellas*. A modo ilustrativo podemos enunciar las siguientes:

- los objetivos personales que se espera alcanzar y que pueden ir, desde un deseo de autorrealización en la acción voluntaria, hasta considerarla como un uso adecuado de un tiempo que se dispone;
- las experiencias previas, surgidas por contactos con otros voluntarios o con organizaciones voluntarias;
- la imagen de la organización en la que se desea participar como voluntario, que puede tener origen en los objetivos o programas de la misma o por la significación de las personas que la componen;
- las creencias humanitarias o filosóficas, que impulsan el ejercicio de, sentido humanitario de la ayuda mutua y entrega a los menos afortunados;
- las creencias religiosas, que llevan a compartir solidariamente y comprometerse con los problemas de los hombres;
- la conciencia política, no en el sentido partidista o de adscripción a una ideología concreta, sino de responsabilidad ciudadana de ejercicio de la justicia que alcance a todos, o como deseo de participación en tareas colectivas;
- los acontecimientos concretos o desencadenantes que impulsan a una determinada acción voluntaria.

Desde el punto de vista objetivo, hay motivaciones que podemos denominar *como más válidas*. A medida que profundizamos desde fuera del núcleo personal hacia dentro, y desde el exterior al interior de los problemas, se ahondan las motivaciones. Cada persona se afianza más, en la medida que se entrecruzan los dos factores: el que profundiza en la persona y el que llega a lo más hondo del problema.

Así encontramos unas motivaciones más válidas a medida que la entrega a los otros se afianza en el compromiso por la justicia y, que la superación de las situaciones de necesidad, se inscribe en la aspiración de unas relaciones guiadas por el ideal de la igualdad, que nace de la solidaridad.

A medida que pasa el tiempo, es curioso observar cómo la incorporación a la acción voluntaria, va enriqueciendo las motivaciones, y los voluntarios van pasando de unas a otras conforme se van implicando en un compromiso mayor. También es notable observar cómo durante el primer tiempo en su servicio voluntario, son los mismos agentes quienes, al descubrir sus nuevas motivaciones, van orientándose en forma natural por unos y otros caminos. Algunos deciden dejar la tarea.

Como se puede observar las motivaciones y las necesidades del voluntario se ven ampliamente recompensadas, sin embargo hay que decir que no se puede entender el voluntariado sin bondad o sin voluntariedad.

Un estilo de vida

Pero el término *voluntario* va más allá. No hace sólo referencia a las personas que están vinculadas a instituciones históricamente comprometidas con la acción social, sino, y muy especialmente, con una manera de ver y entender la realidad.

La vida del voluntario ha de ser coherente con su motivación y ha de preguntarse cuál es en realidad su motor para ir hacia el otro. Como se mencionó anteriormente, el voluntario puede tener motivaciones internas y externas, pero cada vez tendrá que adentrarse en un proceso de purificación de las intenciones. Y esto es que verdaderamente el único fin perseguido del voluntario, sea el dar y sea darse al otro.

¿Cómo puede el voluntario rectificar su intención y redefinir el fin? Definitivamente es un proceso y éste se inicia el reconocimiento del quehacer cristiano.

La fe cristiana

La primera motivación del discípulo de Jesús, que le caracteriza en su actitud, es la Gracia. Toda acción ha de provenir de la experiencia de haber recibido algo, un bien (bondad) y en esa medida experimentar la más auténtica necesidad de darlo (caridad).

Se escucha decir que hay que llenarse para dar, pero se ha malentendido todo esto, confundiéndolo con irse a llenar con el mismo destinatario, para después dar. Es aquí donde el voluntario puede comenzar a revisar cual ha sido la verdadera fuente para dar.

No es posible hacer un verdadero voluntariado si la motivación tiene su origen en la experiencia de tener un vacío que se desea colmar, utilizando al otro. Su motivación debe partir de la mera gratuidad ante la experiencia y conciencia de haber experimentado el gran don, el Don por excelencia que es el Amor de Dios, ese amor que es el único capaz de normar la vida moral y ética del cristiano. Entonces puedo valorar y enjuiciar si la acción voluntaria realmente busca el bien en el otro. La ética cristiana no es un compendio de normas y deberes. Jesús formuló un único mandamiento, el del amor. Ley del amor que no podemos separarla de la historia de Jesús: "...como yo los he amado..." (Jn 13, 34ss), es decir el deseo de servicio.

El voluntario, como discípulo de Jesús, al ofrecer su tiempo y cualidades, lo hace desde una motivación primera: la Gracia, el amor recibido, entendiendo sus cualidades como dones recibidos para ser compartidos, especialmente con los desfavorecidos o excluidos del mundo, tratándolo por lo que son: como hijos de un mismo Dios, que los ama, por lo tanto desde una relación y diálogo entre iguales.

El encuentro con quien sufre que va a producir en nosotros cambios inesperados. Este acercamiento es el que obliga a analizar las causas de ese sufrimiento y a buscar como re-significarlo.

La formación

El llamado es ya gracia, la respuesta es un camino. El voluntario necesita herramientas para vivir plenamente su misión. Una de ellas es la formación. Una formación centrada en la aportación de herramientas reflexivas y prácticas que le ayuden a conectar con la realidad social en la que se desenvuelve y así eliminar con la practica -también de la oración- las injusticias. Un voluntariado descontextualizado en su origen y en su fin, lejos de hacer un bien puede provocar un mal.

Todo esto significa, por tanto, una revisión, un ahondamiento y una transformación de sus actitudes. La formación será el espacio propicio para que, gracias a la reflexión sobre la acción, sus motivaciones iniciales vayan creciendo hacia un “modo de ser”, hacia “una manera diferente de ver la vida”, hacia una búsqueda más sólida de “mejorar la calidad de vida”, hacia “una transformación de la sociedad”.